



EL SACAMANTECAS Y LA SERRANA SALTEADORA

Cansados de aguantar cada uno de ellos en su Convento o Seminario, rezos de maitines, laudes y tocar la campanilla ante el Sagrario, con el espíritu lujurioso a flor de piel, ella en el Clítoris y

alrededor de los labios, y él en el Glande y las pelotas, se salieron y removieron la faz de la tierra buscando un sentido que les diera esplendor y belleza a sus vidas.

La Serrana Salteadora se buscaba la vida junto a las barras de los bares, atrayendo a los hombres agarrándoles de la polla. Les llevaba a su casa, un piso alquilado, y allí, sobre la cama del dormitorio construía al Amor su morada, para, después del Acto, abrirle en canal al enamorado macho, no sin antes haberle obligado a dejar su anillo de oro de casado en su Clítoris colgado.

El Sacamantecas, por su parte, aliado con un cura de Dios, salían a los espacios de recreo en colegios concertados, atrayendo a los niños y niñas con caramelos envenenados, envueltos en papel de religión, para, después, en un rincón escondido y ajardinado del patio, hacerles toques y manoseos, haciéndoles sonar, al niño, el sonajero, y, a la niña, la chirimía, teniéndoles como esclavos del fuego de la Pasión entre sus brazos, exclamando como locos al eyacular:

-Tú haces germinar el esperma sacro.

Un día, la Serrana Salteadora y el Sacamantecas coincidieron en un puticlub de carretera cerca de Medina del Campo, Valladolid; ella, esperando de los hombres su alimento; él, para abrirles, a los hombres que conquistara, el Ano, porque se había hecho maricón, “que es lo que de verdad era en el Seminario”, como él mismo decía.

La Serrana Salteadora comentaba con alegría que, un día, escuchó al Sacamantecas decirle a uno de sus conquistas en un puticlub de Aranda de Duero, Burgos:

-Los pedos son las encías de tu Ojete, oh Dios, y son creados para que se renueve mi polla en la faz de tu culo en que sellaré una alianza nueva.

-Es que me meo, me parto de risas, cuenta que le dijo al Sacamantecas al oído.

-Daniel de Culla